

PROFESOR JOSÉ LUIS MARTÍN MARTÍN, EL MAESTRO INOLVIDABLE

*José María Mínguez**
Catedrático Jubilado de Historia Medieval
Universidad de Salamanca, España

Mi conocimiento de José Luis, trasciende con mucho la relación episódica que se entabla con una persona con la que has coincidido casi por casualidad en alguna de las actividades habituales de un departamento universitario. Aunque nos separan bastantes años de edad hay otras claves fundamentales para comprender que entre nosotros se estableciesen elementos de amistad sólidos aunque de efecto muy tardíos, por encima de las indudables y casi necesarias diferencias que se generan, manifiestan y se desarrollan en la actividad docente e investigadora de cada uno. Diferencias, obviamente, aunque matizadas sobre todo por la impronta con que a todos nos marcó de alguna manera la fuerte personalidad humana y científica de nuestro maestro, el Prof, José Luis Martín Rodríguez (casi homónimo de José Luis Martín Martín, nuestro actual homenajeado).

Nuestro primer encuentro -de José Luis y mía-, creo recordar, fue en los escasos meses en que coincidimos en la Universidad de Extremadura. Yo, recién aprobada la oposición al cuerpo de Adjuntos de Universidad, me había integrado en esta Universidad, también recién creada, con la función de organizar de la nada un Departamento de Historia Medieval. Allí permanecí tres años. Y creo que fue ya en el último año cuando José Luis apareció por aquellos lares todavía como profesor interino. El tiempo en que coincidimos fue muy breve -creo que, desde el mes de septiembre, inicio del curso académico, hasta el mes de junio siguiente. Pero este

* E-mail:minguez@usal.es

tiempo fue suficiente para percibir, aunque todavía de manera limitada, algunas de sus cualidades más sobresalientes: su carácter amable, servicial, quizás un poco tímido; pero, sobre todo, su asombrosa capacidad de trabajo que, allí, en Cáceres, ya empezó a manifestarse en una entrega incondicional a los alumnos y a una Facultad con las exigencias y urgencias propias de una fase todavía muy inicial.

Tiempo después, estando yo en Salamanca también él, desde Cáceres, se presentó a las pruebas de acceso al cuerpo de Adjuntos de Universidad. La concienzuda preparación con que José Luis ha emprendido cualquier trabajo de trascendencia, la vio compensada al superar las pruebas de la oposición y, consiguientemente, integrarse en el cuerpo de Adjuntos de Universidad. Creo que pocos aspirantes podían llevar a sus espaldas un bagaje de inteligencia y trabajo equiparable al que José Luis podía exhibir. Esto le permitía dedicarse con más intensidad, si cabe, a las exigencias propias del Departamento en el que, sobre todo por sus déficits de bibliografía y de otros medios de formación para el alumnado, no podía responder adecuadamente a las crecientes demandas y necesidades de un alumnado ya en proceso de crecimiento.

Algún tiempo después, ya en el año 1980, yo me presenté a la oposición para una plaza de Profesor Agregado de Universidad en Sevilla -la condición de Agregado estaba en la práctica en aquellos tiempos equiparada *de facto* al de la cátedra y era el trampolín necesario para acceder formalmente a ésta-. La oposición debía celebrarse al año siguiente y, como todas las oposiciones en aquella época, en Madrid.

Al superar las pruebas de la oposición debí incorporarme a la Universidad de Sevilla, en octubre de 1982 y allí permanecí durante todo el curso hasta octubre de 1983 en que pude regresar a Salamanca con la misma condición administrativa que en Sevilla. Aunque pocos meses después ya se equiparó el grado de Agregado al de Catedrático.

Si no recuerdo mal -ha pasado mucho tiempo y la memoria se refugia en la penumbra- transcurrió algún año hasta que, ocupando yo una de las dos cátedras de Historia Medieval en Salamanca y teniendo todavía como compañero, soporte y ayuda a José Luis Martín, *senior*, también se incorporó a Salamanca, procedente de Cáceres, nuestro homenajeado José Luis Martín, *iunior*, como les llamaríamos en adelante casi oficialmente para identificar al maestro y al discípulo.

Los contextos de Salamanca y Cáceres eran totalmente distintos. Porque en ese momento ni las dimensiones físicas de la Facultad cacereña, ni el número de alumnos, ni el de profesores, ni la amplitud y diversidad de las materias a explicar soportaban la menor comparación con Salamanca. Y consiguientemente las relaciones personales no podían por menos de verse afectadas por el fuerte impacto del entorno.

No obstante, estas diferencias, incluso cualitativas, no me impidieron mantener en mi recuerdo activo las enormes cualidades que ya había observado en José Luis y que los cambios del entorno y de la propia situación personal de ambos

no podían difuminar. Y es entonces cuando pude también valorarlas, quizás con mayor objetividad y con mayor profundidad.

Porque en su personalidad, muy compleja, coexistían y coexisten cualidades y matices difíciles de definir, aunque muy patentes para el observador atento. Efectivamente, en el trasfondo y bajo una cierta pátina de aridez, es en la distancia corta y, sobre todo, en temas que le resultaban de interés, donde se podía percibir cómo afloraba una especial y amable compenetración de José Luis con su interlocutor. Y qué duda cabe ello debió ser particularmente perceptible para un alumno que procede de lejanas tierras y que se ha desplazado a nuestro país y a nuestra Universidad para realizar una obra que le abriría o, al menos, ampliaría las posibilidades de su futuro en el país de origen. Debió ser en los momentos en que el alumno, en el contexto de la conversación relajada entre profesor y alumno, cuando éste comienza a percibir una especial atracción por la fluidez con que su profesor desgrana y desarrolla las fases y matices de una posible investigación científica. Y es entonces cuando encuentra en la amable severidad y en el profundo saber de su profesor José Luis Martín la persona más adecuada para su necesidad de consejo y de guía en una empresa tan ardua y compleja como la elaboración de una Tesis Doctoral. Y el profesor José Luis Martín, hasta ese momento un profesor como otros de los que le oferta la Universidad, se convierte potencialmente, casi sin transición, en tutor y director de sus Tesis Doctorales.

Se puede afirmar tajantemente que en una elección de este tipo por parte de varios alumnos hay que desechar, por simplón, el recurso a la casualidad. Muy al contrario, se trata de opciones maduras por el alumno inteligente que sabe percibir y valorar las oportunidades que se le ofrecen casi espontáneamente.

Hay un dato que yo he valorado cada vez más, incluso a posteriori; sobre todo a partir de mi estancia en Santiago y Valparaíso invitado a un congreso por los propios antiguos alumnos de José Luis. Los momentos que propician estas reuniones me ofrecen y les ofrecen a ellos múltiples oportunidades para recordar con profunda nostalgia sus estancias en Salamanca. Y el centro sobre el que pivota esta nostalgia no es otro que la propia personalidad de José Luis que, después de tanto tiempo, sigue siendo para ellos EL PROFESOR José Luis Martín.

Poco a poco se van desgranando aquellas cualidades que le hacen inolvidable y querido. Aparte de sus aportaciones científicas, se resalta sus cualidades como el hombre comprensivo, paciente, dispuesto a todo tipo de aclaraciones y con una especial aptitud para combinar la comprensión, la exigencia científica y la claridad explicativa. Pero sin forzar en sus alumnos el resultado inmediato; muy al contrario, dando tiempo, sin impaciencia, a que, sobre las bases científicas e ideológicas previamente establecidas como más adecuadas para el trabajo concreto de esos alumnos salte de repente en la mente del discípulo la chispa que es capaz de generar e iluminar los problemas que la elaboración de su Tesis va suscitando.

He ahí la labor de un gran maestro. De un maestro que no sólo enseña, sino que siembra y espera a que el fruto aflore y que sea el alumno el que en su momento recoja esos frutos. En definitiva, que enseña a pensar, sin condicionar ni el qué, ni el

cómo de su pensamiento y, por tanto, dando amplias alas a la interpretación personal y al desarrollo de su personalidad.

Son bastantes los años transcurridos desde la estancia en Salamanca de esos alumnos hasta la planificación de este homenaje. Tiempo, en principio, más que suficiente para generar olvido o distanciamiento, porque alumnos entonces, profesores ahora, ha seguido cada uno su propia vida con sus propias dinámicas y sus trabajos en centros universitarios diversos. Pero ni el tiempo, ni la diversidad de los destinos que acogen su trabajo han sido capaces hasta ahora de generar ese olvido. Muy lejos de ello, estos exalumnos siguen potenciando los amables recuerdos y las enseñanzas de entonces. Y este homenaje, tributado por antiguos alumnos y participado también por recientes colegas, nos permiten y, sobre todo me permiten a mí, manifestar sin tapujos la admiración hacia la persona de José Luis por su incuestionable labor de formación, por su concienzuda dedicación a la docencia, por su rigor en la investigación...

Son algunas de estas cualidades las que explican que, pasados ya tantos años, existan personas, en este momento profesores veteranos, que desde la lejana margen del Pacífico, se preocupan por organizar este homenaje como tributo público de agradecimiento, admiración y afecto al Maestro de todos.